

CAPITULO III.

LA LUCHA EN CONTRA DE LA CORRUPCIÓN.

Iglesias incorruptibles. En un principio había unidad en las doctrinas y en las prácticas fundamentales entre todas las iglesias cristianas. Paso a paso, algunas iglesias comenzaron a apartarse de los senderos antiguos y comenzaron a introducir muchas innovaciones. La disciplina comenzó a relajarse y a personas de influencia dentro de las iglesias se les permitió seguir un cierto estilo de vida que no habría sido tolerado bajo la antigua disciplina. Los tiempos habían cambiado y algunas de las iglesias cambiaron con los tiempos. Había algunos que tenían 'comezón de oír' y comenzaron a dar oídos a las novedades. El dogma de la regeneración bautismal fue aceptado desde el principio por no pocas iglesias, y muchos buscaban lavar sus pecados en el agua, antes que en la sangre de Cristo. Los ministros comenzaron a ambicionar el poder y para obtenerlo pasaban por encima de la independencia de las iglesias. Las iglesias se conformaron a las costumbres del mundo y a los placeres de la sociedad.

Sin embargo, también existieron iglesias que no se corrompieron y hombres fieles que levantaron sus voces contra el abandono de las prácticas apostólicas. Vamos a narrar algunos episodios acerca de algunos reformadores que expresaron su protesta y llamaron a los cristianos a volver a la simplicidad del evangelio.

El testimonio de Bunsen. El caballeroso hermano Charles Bunsen, mientras actuó como embajador de Prusia en Londres, caminando en la luz y respirando en la atmósfera de una época más pura, mantuvo estrecha y santa comunión con las iglesias primitivas. De él son las siguientes palabras:

"Quitaré la ignorancia, las falsificaciones y los malos entendidos, y quedará la verdad desnuda; no un espectro, gracias a Dios, cuidadosamente velado, sino la imagen de la divina y radiante belleza de la eterna verdad. Romped las barreras que nos separan de la comunión con las iglesias primitivas – es decir, liberaos de la letra de las fórmulas recientes, de los cánones y de las abstracciones convencionales – y os moveréis libremente en el abierto océano de la fe. Tenéis compañerismo con los espíritus de los héroes de la antigüedad Cristiana, y sois capaces de seguir la huella de unidad según se percibe a través de ocho siglos, a pesar de las rocas y las arenas movedizas."
(Bunsen: Hippolytus. 4).

Las iglesias Montanistas. La primera protesta que se materializó, al buscar apartarse de la creciente corrupción de los tiempos, fue la de las iglesias

Montanistas. Montano, su líder, fue originario de Prusia y surgió alrededor del año 156 D. C. Tertuliano, quien abrazó los principios del Montanismo, fue su más ardiente promotor y defensor. Ellos sostenían que las ciencias y las artes y toda educación mundana o forma de vida alegre debían ser evitadas, porque tales cosas pertenecían al paganismo. Para ellos, la corona máxima de su vida era morir como mártires por sus convicciones. Para ellos, la vida religiosa debía ser austera. La iglesia debía defenderse a sí misma del pecado mortal excluyendo a quien lo había cometido, pues la santidad de la iglesia dependía de la santidad de sus miembros. Con tales principios, era un hecho que entraran en conflicto con el Cristianismo popular de la época. El centro de las discusiones entre estas corrientes era la vida en el Espíritu. No se trataba de una nueva forma de Cristianismo. La vieja iglesia demandaba pureza; la nueva iglesia había hecho un trato con el mundo, y se había arreglado cómodamente con él. Ellos, los Montanistas, por tanto, decidieron separarse de ella. **(Moeller. Montanismo en SCAF-Herozh Encyclopaedia, III. 1562).**

Los Anabautistas El punto central de la contienda no era tanto una cuestión de doctrina sino de disciplina. Ellos insistían en que todos aquellos que se habían "apartado de la verdadera fe", al volver a ella debían ser bautizados de nuevo, porque al apartarse habían negado a Cristo. Por esta causa, fueron llamados "Anabautistas" (o 'rebautizadores') y algunos de sus principios volvieron a aparecer más tarde en la época Anabautista **(Shaff, History of the Christian Church, II. 427)**. El bautismo infantil aun no era un dogma, y sabemos que los Montanistas lo rechazaban. Tertuliano creía que solamente los adultos debían ser bautizados (sumergidos). Los Montanistas estaban profundamente arraigados en la fe y sus oponentes admitían que ellos habían recibido las Escrituras completas, incluyendo tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, y que sus puntos de vista respecto al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, eran correctos **(Epiphanius, Hoer, XLVIII. 1)** Ellos rechazaban el reciente surgimiento de la jerarquía eclesiástica así como el reclamo que hacía el obispo de tener y poder ejercer 'la autoridad de las llaves'.

El crecimiento del movimiento El movimiento Montanista se extendió rápidamente a través de Asia Menor y África del Norte y, por un tiempo, en la misma Roma. Su posición era muy atractiva a los moralistas recalcitrantes, a todos los que abogaban por una disciplina estricta y, en general, a las más profundas y piadosas mentes de entre los cristianos. El Montanismo tenía la ventaja de que reclamaba tener el respaldo de la revelación divina para los estrictos principios que predicaba. El Montanismo causó tal conmoción en Asia Menor, antes del final del siglo segundo, que varios concilios fueron convocados para oponerse a él, hasta que se llegó al punto en el que todo el movimiento fue oficialmente condenado. Pero el Montanismo continuó por siglos, aunque posteriormente fue conocido con otros nombres **(Eusebio, La**

Historia de la Iglesia, 229, nota 1, por el Dr. McGiffert). En Frigia, los Montanistas entraron en contacto, y quizás hasta llegaron a tener comunión muy cercana con los Paulinos. Sabemos que ellos aún existían hacia el año 722 D. C. (**Theophanes. 617.**)

Las iglesias Novacianas. El surgimiento de las iglesias Novacianas fue otro resultado de la vieja pugna entre la disciplina estricta y la laxa. Novaciano se opuso firmemente a la elección de Cornelio como pastor de la iglesia de Roma en el año 250 D. C. Novaciano declaró que él no deseaba el puesto para él, pero abogó fuertemente en pro de la pureza de la iglesia. Cornelio fue elegido, y Novaciano se separó de él, seguido por muchas iglesias y muchos pastores, en protesta por aquella decisión. El amplio desarrollo del movimiento Novaciano puede apreciarse al considerar la gran cantidad de autores que escribieron en su contra, y de las diversas partes del Imperio Romano en las que el movimiento floreció.

Robinson ubica a las Iglesias Novacianas en los tiempos de la Reforma. Estas iglesias continuaron surgiendo y creciendo a lo largo de seis siglos en muchas partes del mundo entonces conocido (**Welch, Historie der Ketzereyen, II. 220**). El Dr. Robinson encuentra huellas de ellos hasta los tiempos de la Reforma y el surgimiento del movimiento Anabautista. "Grandes multitudes siguieron el ejemplo de Novaciano", dice él, "y a lo largo de todo el imperio fueron establecidas y fortalecidas iglesias Puritanas durante los siguientes 200 años. Tiempo después, cuando las leyes penales los obligaron a ocultarse entre las sombras, y a adorar en forma privada, fueron conocidos con una variedad de nombres, subsistiendo un gran número de ellos hasta los tiempos de la Reforma" (Robinson, **Ecclesiastical Researches, 126. Cambridge. 1792**).

Eran llamadas "Anabautistas". Con base en la pureza de sus vidas fueron llamados "Cathari", es decir, "los puros". "Y lo que es aún más", dice Mosheim, "ellos bautizaban nuevamente a todos aquellos que venían a ellos provenientes de la Iglesia Católica" (**Mosheim, Institutes of Ecclesiastical History I. 203. New York, 1871**). Puesto que bautizaban nuevamente a aquellos que venían a ellos de otras denominaciones, fueron también conocidos como Anabautistas. El Cuarto Concilio de Letrán decretó que estos re-bautizadores debían ser castigados con la muerte. Fue así que Albano, uno de sus celosos ministros, fue ejecutado, siendo apenas uno de muchos. "Ellos eran", dice Robinson, 'bautistas trinitarios'. Sostenían la independencia de las iglesias y reconocían la igualdad de todos los pastores con respecto a su dignidad y autoridad".

Las iglesias Donatistas. Su origen. Los Donatistas surgieron en Numidia, África, en el año 311, y pronto se extendieron a toda el continente. Ellos

enseñaban que la iglesia debía ser santa. Crespin, un historiador Francés, dice que ellos sostenían los siguientes puntos de vista:

“En primer lugar, la pureza de los miembros de la iglesia, estableciendo que ninguno debía ser admitido a la iglesia, excepto aquellos que visiblemente eran auténticos creyentes y verdaderamente santos. En segundo lugar, la pureza de la disciplina eclesiástica. En tercer lugar, la independencia de cada iglesia. En cuarto lugar, sostenían que debía administrarse un nuevo bautismo a todo aquel de quien hubiera alguna duda en cuanto a la validez de su bautismo original. Consecuentemente, fueron conocidos como ‘re-bautizadores’ y Anabautistas.”

David Benedict. En sus escritos históricos tempranos, David Benedict, un historiador Bautista, escribió con mucha cautela respecto del carácter denominacional de los Donatistas. En su texto él siguió muy de cerca las declaraciones de otros historiadores; pero en sus días finales, él fue a las fuentes originales y produjo un extraordinario libro llamado **“History of the Donatists” (Pawtucket, 1875)**. En ese libro, él se desdice de su posición anterior de ‘no compromiso’ y termina clasificándolos como Bautistas. Él muestra ampliamente, citando a San Agustín y a Optatus, quienes eran contemporáneos, que los Donatistas rechazaban el bautismo infantil y tenían la forma de gobierno congregacional.

Lincoln. El Dr. Heman Lincoln disintió de algunas de las conclusiones del Dr. Benedict, calificándolas de imaginarias. Sin embargo, él jamás puso en duda el hecho de que los Donatistas sostenían principios bautistas. Dice:

“Es evidente que los Donatistas sostuvieron, en algunos períodos de su historia, muchos de los principios que ahora son considerados como axiomas por los modernos Bautistas. En las postrimerías de su historia, después de que la implacable persecución a que fueron sujetos les llevó a desarrollar una severa disciplina personal y de grupo, ellos sostenían, como verdades cardinales, la absoluta libertad de conciencia, la separación de la iglesia y el estado, y que los miembros de la iglesia debían ser personas regeneradas. Estos principios, por cuya defensa sufrieron hasta el martirio, junto con la práctica uniforme de la inmersión como la forma del bautismo, los coloca en una muy cercana afinidad con los Bautistas **(Lincoln, The Donatists. Publicados en The Baptist Review, 358, Julio, 1880)**.

Ésta es la posición de un conservador extremista. Tal vez el Dr. Lincoln subestimó el color que los enemigos de los Donatistas dieron a la controversia, y ciertamente no dio el crédito debido a lo que dice San Agustín acerca del bautismo infantil, en oposición a ellos. Se ha afirmado que algunos de los Donatistas enfatizaron demasiado la eficiencia del bautismo y

apoyaban el episcopado. Ésta, sin embargo, es materia de una controversia de no mucho interés, y realmente no nos concierne aquí.

Rechazaban el bautismo infantil. El gobernador Henry D'anvers enfatiza una gran verdad al escribir:

"El tercero y cuarto libro de San Agustín en contra de los Donatistas demostró que ellos rechazaban el bautismo infantil, mientras que él (Agustín) estaba absolutamente a favor de esa posición, por lo que los combatió con mucho celo, respaldando la práctica en sus escritos con severos argumentos **(D'anvers, Un tratado sobre el bautismo, 223. Londres, 1674).**

San Agustín. San Agustín hace Bautistas de los Donatistas **(Migne, Patrología Lat. XLII).** La práctica de su bautismo era la inmersión, según Optatus. Lucas Osiander, Profesor y Canciller de la Universidad de Tubingen, escribió un libro en contra de los Anabautistas en 1605, en el que dice: "Nuestros modernos Anabautistas son los Donatistas de antaño" **(Osiander, Epist. Cent. 16, p. 175. Wittenberg, 1607).** Sin embargo, estos moralistas rígidos no se consideraban a sí mismos como Anabautistas, porque ellos creían que había sólo un Señor, una fe, y un bautismo, y ese era el de ellos **(Albaspinae, Observat. In Optatus, i).** Ellos jamás aceptaron el bautismo de otra iglesia, y decían que quienes les llamaban Anabautistas, estaban equivocados.

Libertad de conciencia. Neander. Los Donatistas sostenían la libertad de conciencia y se oponían firmemente al poder persecutorio de la Iglesia Estatal. Ellos dieron origen, dice Neander, "a la más importante e influyente división de la iglesia que tenemos que mencionar en este período" **(Neander, General History of the Christian Religion and Church, III, 258).** Y Neander continúa diciendo:

"Lo que distingue al caso presente es la reacción, que surge de la esencia de la Iglesia Cristiana, provocada, en este caso, por una ocasión peculiar, contraria a la confusión de los elementos eclesiásticos y políticos; ocasión en la cual, por vez primera, las ideas que el Cristianismo, al contrario de la religión papal estatal, hizo que los hombres estuvieran perfectamente concientes de ellas, mismas que vinieron a ser objeto de contención dentro de la Iglesia misma, las ideas respecto a los inalienables y universales derechos humanos, respecto de la libertad de conciencia, y respecto de los derechos de libertad de convicciones religiosas."

Su actitud hacia la libertad. Fue así como el Obispo Donato, de Cartago, en 347, rechazó a los comisionados imperiales, Paulus y Marcarius, con la

exclamación: "iQuid est imperatori cum ecclesia?" (**Optatus, Miles., De Schismati Doat. 1. iii. C. 3**). Y, en realidad, el emperador no debió haber tenido nada que ver con el control de la iglesia. El Obispo Donatista Petilian, en África, en contra de quien escribió Agustín, apeló a Cristo y a los apóstoles, quienes nunca persiguieron a persona alguna. "¿Piensas tú", dice él, "que sirves a Dios al matarnos con tus propias manos? Erráis, pobres mortales; pensad así, 'Los sacerdotes de Dios no son verdugos. Y Cristo nos enseña a sobrellevar el error, y no tomar venganza de él.'" El Obispo Donatista Gaudencio dice: "Dios envió profetas y pescadores, no príncipes ni soldados, a esparcir la fe."

Su protesta La posición de estos cristianos no era solamente una protesta sino también un llamado. Era una protesta en contra de la creciente corrupción y mundanalidad de aquellas iglesias que, tristemente, se habían apartado de la fe y de la disciplina; pero también era un llamado, pues constantemente estaban invitando a las gentes a volverse a la pureza de vida y a la simplicidad apostólica. A través de todos los días de oscuridad, sus voces no pudieron ser acalladas, y jamás faltó alguien quien defendiera con convicción las cosas de Dios. Perseguidos, sufrieron con paciencia; reprochados, ellos jamás reprocharon a nadie; y la herencia de estas personas es la libertad de conciencia para el mundo. ¡Salud, mártires de Dios!

Libros para consulta:

George P. Fisher (Congregacionalista), A History of the Christian Church, pp. 59, 58, 109, 141, 142.

Philip Schaf (Presbiteriano) History of the Christian Church, Vol. II. Pp. 415-421; 849-853.

The Ante-Nicene Fathers, edited by Roberts and Donaldson. Volúmenes III y IV. Los escritos de Tertuliano.